

NUEVO MUNDO. NUEVO PENSAR. APUNTES SOBRE POESÍA Y FILOSOFÍA EN EL PENSAMIENTO DE JUAN LARREA

Katrine Helene Andersen

Juan Larrea es una figura olvidada y marginalizada en muchos sentidos. Se le conoce principalmente como poeta, aunque sus contribuciones al campo de la filosofía y el pensamiento también son relevantes y llamativas. Perteneció al grupo de republicanos exiliados aunque no es un típico exiliado, ya que el exilio para Larrea supone una oportunidad nueva para la evolución de la humanidad y para él a nivel personal, en contraste con la tragedia vivida por algunos de sus compatriotas. No se le puede presentar, en rigor, como un filósofo, ya que su pensamiento carece de lógica sistemática y de método. Él dice tener uno, pero es en todo caso un método bastante antimetódico y anticientífico. A pesar de ser un poeta influyente entre sus contemporáneos, abandona la poesía y no se identifica con los demás poetas europeos del momento. Muchos teóricos le consideran representante de la generación del 27 y otros, el padre del surrealismo español, pero el mismo Larrea insistía en mantenerse al margen de los demás poetas de su generación, como también porfiaba en permanecer al margen de la literatura española al escribir en francés. El mismo Larrea explica en una carta a Vittorio Bodini en 1964 que “[l]os otros poetas [...] operaban en el campo de la literatura dentro de la sociedad vigente de alcances, a mi juicio, provinciales. En el fondo yo era un místico de la poesía arrastrado por apetencias de otro género harto más desorbitado [...]. Mi problema era esencial y universal, de vivencia profunda, de locura si se quiere: en puridad, religioso” (cit. en Morelli 2009: XXI-II-XXIV). Estas declaraciones resultan clave tanto para su poesía como para su proyecto filosófico porque subrayan la importancia de su búsqueda del más allá y de lo universal, como también expresan su concepción de la poesía

como más que un género literario; pues con el tiempo la poesía deja de ser un género para empezar a ocupar una posición privilegiada en su modo de pensar.

Tras su llegada a América (Larrea usa el nombre Nuevo Mundo), este ideario poético comienza a cobrar forma. El objetivo principal de la presente comunicación reside en señalar la evolución del pensamiento de Larrea desde la primera etapa poética a la etapa prosaica y filosófica que inicia tras cruzar el Atlántico. En este trabajo veremos que muchas de las ideas latentes en la primera fase llegan a desarrollarse tras su exilio en México. En la poesía “el más allá” es un tema fundamental y la existencia personal y mundana aparecen como obstáculos que imposibilitan su deseo de trascender el mundo físico. No obstante, tras su encuentro con América se abre para él una nueva vía de conocimiento y contacto con el Ser-Espíritu. De esa manera, la trayectoria personal de Larrea se entrelaza con la profesional y deja su clara impronta en su evolución intelectual.

La primera vez que Larrea pisa el Nuevo Mundo es en 1929 cuando pasa dos años en Perú. Es un viaje crucial en muchos sentidos, sobre todo porque supone el fin de su obra poética, por un lado, y el inicio de una evolución filosófica y personal, por el otro. En Perú, abandona la poesía y, según declara en su diario, resuelve convertir su vida en un proyecto poético (Larrea 1990: 30). La obvia consecuencia de ello es que ya no entiende la poesía como un género literario, sino como un modo de pensar y de vivir. Tejada califica su pensamiento de “imaginante” (Tejada 2016: 379) y Abellán lo enjuicia de “delirante” (Abellán 1998: 285). El mismo Larrea lo describe como de índole poético-cultural que se diferencia de la lógica académica (Abellán 1998: 317-18).

Quizás estas denominaciones no estén lejos unas de otras y posiblemente la clave esté en la relación o la afinidad entre filosofía y poesía. La relación entre filosofía y literatura muchas veces se convierte en una cuestión de fuentes: ¿en qué se inspiran los filósofos o sobre qué filosofan? O ¿qué influencia tienen determinadas ideas filosóficas sobre la literatura? El caso de Larrea requiere, sin embargo, un repensar radical de dicha relación, problemática desde la proclamación platónica de que había que expulsar a los poetas de la república. Aunque el mismo Platón, con el tiempo, matiza su menosprecio de la poesía, la polémica estaba servida y realmente jamás ha llegado a

producirse una reconciliación entre las dos disciplinas. A pesar de los varios intentos de tender puentes entre ambas —propuestos por filósofos como Martin Heidegger o María Zambrano y muchos de los románticos—, no se ha llegado realmente a superar el abismo que con Platón surgió entre las dos. Platón reprocha a la poesía, entre otras cosas, que nace de la locura mientras que la filosofía nace de la razón y, si el delirio proviene de los dioses y las musas, la razón se origina en el ser humano y, por lo tanto, es el origen de nuestra contemplación filosófica. Larrea inserta desde el principio la locura y la poesía en el centro de su proyecto filosófico, precisamente porque se inspiran en algo ajeno al hombre, en un ser superior que en la primera etapa de su actividad intelectual cualifica de “el más allá” y que con el tiempo viene a ser el Ser-Espíritu.

La búsqueda del más allá constituye el principal anhelo de la poesía larreana, aunque Larrea nunca precisa definición alguna de qué entiende por “más allá”. De ordinario parece dudar al respecto y su principal objetivo no es caracterizarlo sino buscar una vía para entrar en contacto con aquello que denomina el Ser transcendental, Conciencia Objetiva, Voluntad objetiva, Ser-Espíritu o Amor de América. Especialmente este último nombre, que tiene connotaciones tanto religiosas como geográficas, llama la atención, pero es simplemente otro ejemplo más de cómo Larrea mezcla categorías y disciplinas tradicionalmente separadas.

En su obra poética encontramos muchos ejemplos de esta búsqueda. Larrea siembra su poesía con la semilla de lo que va a ser también el móvil de su proyecto filosófico posterior. La de Larrea es una filosofía que busca una manera de deshacerse de los aspectos más mundanos para entrar en contacto con la evolución espiritual. La poesía marca un punto de arranque, pero se muestra insuficiente con el tiempo. El principal problema radica en cómo trascender este mundo para poder acceder a la realidad en todas sus dimensiones. Para ese fin, el yo individual y nuestra circunstancia existencial son obstáculos que imposibilitan todo contacto con el Ser-Espíritu. El problema se manifiesta, en un primer instante, en su obra poética, donde el más allá aparece en constante oposición al yo.

POEMAS

La obra poética de Larrea corresponde, según Gurney, a tres períodos y etapas: el *ultra-creacionismo* del inicio, el *creacionismo* en la primera mitad de los años 20 y el misticismo a partir del 1926 hasta 1932. No son etapas claramente separadas y diferenciadas entre sí: pues el creacionismo puede rastrearse en la última etapa, que es la más importante, ya que en ella produce la mayoría de sus poemas (Gurney 1985: 10). A pesar de los diferentes estilos y tendencias literarias, la búsqueda del más allá impregna toda su obra, aunque adopte distintas manifestaciones. Gurney señala que Larrea dirige muchos de sus poemas a un “tú” femenino o a una “ella” que puede ser la personificación de la luz espiritual o la vida y que constituye el móvil metafísico central de su poesía. “Ella” es una proyección del propio espíritu del poeta y representa el anhelo de una conciencia personal de sentido (Gurney 1985: 287-88). En *Versión Celeste*, Larrea tiende a buscar la conciencia de la luz a través de un descenso en el yo (Gurney 1985: 289), aunque en esta última etapa también los aspectos místicos y religiosos en la poesía permiten al bilbaíno aspirar al más allá. De modo que tanto la psicología como la mística le sirven como vía de búsqueda, aunque el molde común es, hasta 1932, la poesía.

El poema “Fórmulas”, escrito en mayo de 1919 y publicado en septiembre de ese mismo año comienza: “Desde mi ventana veo / a la luz teorematizada del farol de enfrente / pasar los problemas / en sus fórmulas” (Larrea 2003: 337). En este caso, la voz poeta se manifiesta como ser consciente que percibe la existencia de las cosas. En una carta a Gurney, Larrea escribe que “la conciencia creadora percibe en este poema el fluir temporal de la existencia en términos esqueléticamente objetivos, como con rayos X, o sea, desde fuera del río de carne humana que transcurre; desde la orilla del Ser conciencia universal” (Gurney 1985: 95). En otras palabras, el poeta se presenta, según el propio autor, como una conciencia creadora capaz de percibir la temporalidad y materialidad de las cosas porque se sitúa fuera de la temporalidad al contemplar la realidad de las cosas desde “la orilla del Ser conciencia universal”. No obstante, las últimas líneas del poema añaden también un elemento de autorreflexión: “yo mismo acabo de pasar. / Me he conocido en lo esencial / y en mi gran rótulo farmacéutico” (Larrea 2003: 338). Se conoce a sí mismo como un ser también temporal y conoce su propia fórmula: “J25 L5

C1919” que son sus iniciales y la fecha en la que escribió el poema. Precisamente esta temporalidad va a suponer un problema en su fase mística y en su proyecto filosófico posterior. El poeta percibe las cosas desde la orilla del Ser conciencia universal, pero todavía no llega a dejarse absorber por el mar del Ser; pues se reduce a sí mismo a una fórmula y se ancla, de esa manera, en la temporalidad mundana sin poder escapar de ella.

En el mismo año, escribe “Evasión”. Ahí vuelve la problemática del yo y de la condición física de la tierra. El principal reto es, otra vez, cómo evadir las limitaciones mundanas: “Finis terre la / soledad del abismo / Aún más allá / Aún tengo que huir de mí mismo”. Para Gurney, la frase “yo mismo acabo de pasar” de “Fórmulas” es una anticipación de la de “Aún tengo que huir de mí mismo” de “Evasión”. Gurney inserta su interpretación de los poemas en la correspondencia que mantuvo con Larrea posteriormente, en la que Larrea describe que, en la época, estaba produciéndose una disociación entre el yo existencial y la conciencia poética. El poeta se libera de sus limitaciones mundanas y se convierte en una conciencia universal que produce una integración con el ser (Gurney 1985: 99). En resumen, Larrea mismo tenía la impresión de estar iniciando en 1919 la evolución que iba a consumarse años después. La disociación del yo que inicia en estos primeros años de poesía cobra fuerza posteriormente y alcanza otras dimensiones mucho más radicales tras su abandono de ese género y tras su encuentro con el Nuevo Mundo. En *Orbe* y *Diario Del Nuevo Mundo* describe experiencias de carácter místico que con el tiempo catalizan la definitiva disolución del yo individual a favor de una fusión con el ser universal. En los poemas, la tierra y el yo individual le atan a una existencia mundana que imposibilitan el contacto con el más allá. Es decir que en esta primera fase poética Larrea se descubre como un yo poetizante cuya circunstancia es la existencia. No obstante, el existencialismo es, a la vez, el problema fundamental ya que no trasciende este mundo. Larrea expone en *Razón de Ser*, publicado por primera vez en 1956, una crítica del existencialismo precisamente porque no se ocupa del Ser y porque está limitado por su uso de la razón, pero en la época poética la existencia todavía figura como parte esencial, aunque problematizada, del yo individual.

Tematiza la existencia en “Razón”, publicado por primera vez en *Favorables París Poema* en 1926. Este año comienza, además, una crisis personal en la vida de Larrea de la que deja constancia en su diario *Orbe*. Varios

acontecimientos y cambios en sus circunstancias personales le sumergen en una crisis existencial interior cuyo significado para los críticos es debatible. Para Díaz de Guereñu, Larrea comienza, en esos años, la evolución desde el autor de versos al profeta que “predicó un paraíso improbable” (Díaz de Guereñu 1990: 7) mientras que López González de Orduña, por su lado, opina que Larrea en *Orbe* utiliza la escritura como terapia (López González de Orduña 2001: 362). *Orbe* presenta el testimonio de un autor en tránsito entre dos hombres: el autor de versos en crisis y el ensayista resuelto a definir una nueva realidad. Larrea siente la crisis de manera muy profunda, y la escritura viene a ser una manera de poner orden y, como expresa en *Orbe*, “aguzar mi imaginación hacia una razón, hacia un punto de apoyo, hacia una claridad momentánea” (Larrea 1990: 28). En una carta a Gurney, fechada en 1973, recapitula que en esos años estaba en fase de desprenderse del contexto sociocultural de su nacimiento para hallar una vida más plena de significado. A ello se añadieron varios acontecimientos que complicaron el proceso y que en ocasiones imposibilitaron “hacer lo que se quisiera, sino lo que las circunstancias permitan u obliguen a hacer a sus instintos”. Para Larrea “lo indispensable era poetizar de algún modo, eyacularse senti-mentalmente, por así decirlo, sin método alguno, ni más recompensa que la relativa satisfacción que producen los versos conseguidos al eslabonarse cualitativamente entre sí, y con la esperanza de arribar en aquel trance de ruptura general del mundo, a una situación de vida nueva” (Gurney 1985: 221). Evidentemente, Larrea entiende retrospectivamente que la crisis tenía un resultado fructífero y que suponía un cambio vital. En los primeros años todavía eran los versos los que daban forma a estas sensaciones, mientras que posteriormente la misma crisis le provoca el abandono de la poesía para sumergirse en una lectura poética y profética de la historia.

Opina Gurney que es precisamente la existencia como tema en “Razón” lo que distingue este poema de otros posteriores que cobran un tono más metafísico (1985: 222). No obstante, a mi modo de ver, ya en “Razón” se manifiesta un claro descontento con la existencia y, además, se percibe un guiño crítico a la historia de la filosofía y al ideal de la razón como poder explicativo. Formula una definición de la poesía que, a primera vista, se aleja mucho de las observaciones que elabora posteriormente en *Surrealismo entre viejo y nuevo mundo*. En “Razón” el poema se define de la siguiente manera:

“Sucesión de sonidos elocuentes movidos a resplandor, poema es esto / y esto / y esto / Y esto que llega a mí en calidad de inocencia hoy” (Larrea 2003: 84). Un poema es mucho más que una sucesión de sonidos elocuentes y también la existencia como parte de la argumentación se muestra carente. El poema es una entidad “que existe / porque existo / y porque el mundo existe”. Busca una afirmación de su propia existencia y de la del mundo, al parecer para poner orden en su mente; pero esta afirmación es un pobre consuelo porque la existencia y la vida resultan ser efímeras y particulares. Añade en la última línea: “y porque los tres podemos dejar correctamente de existir” en un intento de sobrepasar los límites de lo existente porque sabe que la existencia es una condición mundana, y, de esa manera, deja en evidencia que la existencia es pobre y limitada. Dejar de existir no es dejar de ser, sino deshacerse de las condiciones mundanas de la existencia. Una nota de su archivo personal corrobora esta interpretación: “La VIDA carece de sentido universal suficiente. De ahí los disentimientos, las refriegas. Porque carece de FIN. Se persigue el propio” (Archivo: M36 Carpeta 1, hoja 74)¹. Cualquier objetivo que nos proponemos en esta vida es propio e individual, de modo que Larrea necesita deshacerse de las cosas manifiestas para trascender el mundo y cumplir con su propósito. Se da cuenta de ello en “Razón”; pues banaliza su propio argumento al decir que podemos dejar de existir “correctamente”. Este “correctamente” alberga la posibilidad de abandonar la existencia y de ser directamente. La existencia en sí es pobre porque realmente es una limitación; sin embargo, al sobrepasar esos límites existenciales y racionales se abre un horizonte y una conciencia nuevos.

Este proceso iniciado en su poesía llega a consumarse tras su llegada al Nuevo Mundo. Deja de escribir poesía tras su estancia en Perú, pero decide transformar su vida en un proyecto poético. Durante su estancia en Perú declara:

FIN DE MI POESÍA

Presumo que el fin de mi concepto de poesía es llegado. Que la poesía era para mí una válvula de escape, un medio consolador, una sublimación de lo que no

¹ El archivo personal de Juan Larrea se encuentra en la biblioteca de la Residencia de Estudiantes en Madrid.

encontraba en el mundo. Hoy he llegado a la identificación de la vida con la poesía. Todos los elementos constitutivos de la poesía, imaginación, sentimiento, armonía, proyectados a una irrealidad simbólica, es decir, ocultadora, tienen libre entrada en mi vida real, contrastados por el acontecimiento, por lo verdadero [...] La realidad exterior e interior se funden, se completan, se intercambian, forman una única existencia (Larrea 1990: 29-30).

Toma conciencia de que la poesía ya no es “el medio consolador” que antes buscaba, pero, a cambio, se inicia la “ciencia poética de la vida”. El Nuevo Mundo representa claramente un cambio en su conexión con su derredor y un cambio en su modo de pensar: en lugar de escribir poesía empieza a aproximarse a la realidad y al más allá desde otro ángulo más crítico, aunque todavía coloca el concepto de poesía en un lugar importante.

FILOSOFÍA

Si para Platón la razón procedía del hombre, y la poesía, de la locura divina, Larrea también entiende que existe esta diferencia. Pero donde Platón claramente optaba por la primera, la segunda se convierte en el vehículo epistemológico y espiritual de Larrea.

En la *República*, Platón rehúye del amor y los sentimientos y aleja la filosofía de la *mania* porque esta última interfiere con el ideal de *sôphrosyne* y con la capacidad de vivir una vida filosófica que aspira a la contemplación de las ideas. En *Fedro* matiza esta idea y se reconcilia con *Eros* y la poesía (Boysen 2020: 74). Sócrates empieza a entender que la locura puede ser un regalo de los dioses capaz de transmitir una verdad divina y que, a través de las musas, puede inspirar la composición de música o poesía. Aunque la discusión entre Sócrates y Fedro deviene en una retórica, la clave, en relación con Larrea, reside en el papel de la locura y una vía alternativa al conocimiento. Larrea no busca una reflexión serena del intelecto, ya que el intelecto, al igual que la razón, se encuentra irremediabilmente incrustada en el hombre, a diferencia de la locura divina, cuyo origen se halla en algo ajeno al hombre mismo.

En *Razón de Ser*, el punto central de la crítica de Larrea a la filosofía occidental es precisamente su uso de la razón; la razón es psicósomática, de modo que le es imposible salir del ambiente físico de las cosas. Necesita tirar

de otras vías de conocimiento para poder acceder al más allá y al Ser-Espíritu. La solución consiste en deshacerse de la razón y de la conciencia individual para dejar que fluyan otros impulsos no racionales sino espirituales. Vale subrayar que la búsqueda del más allá y de la universalidad no se limita al ámbito personal y poético, así como tampoco es exclusivamente un proyecto epistemológico o de entendimiento. Es también un proyecto cultural e histórico. En sus primeras contribuciones a *España Peregrina* y en *Rendición de Espíritu* Larrea hace una lectura profética de la historia y la cultura en la que afirma que la civilización social —para llamarla de alguna manera— evoluciona en dirección occidental. Empieza en Jerusalén, pasa por Roma y Finisterre y termina en el Nuevo Mundo. Es decir que el Nuevo Mundo es el *telos* hacia el que avanza la cultura y, en él, se hace posible la manifestación de una cultura universal. Por ello denomina el avance de la historia una “teleología de la cultura”. Esa universalidad o cultura universal debe entenderse como la posibilidad de abarcar la totalidad en sentido espiritual y cultural y no dejarse limitar por nacionalismos (Larrea 1940: 13) y, hemos de entender, racionalismos.

El equivalente personal de estos estudios es su diario de la época, donde deja constancia de la evolución que se manifiesta en él tras su llegada a México de manera más eminente que en su poesía y en *Orbe*. Ya había presentado durante la estancia en Perú que en el Nuevo Mundo se respiraban otros aires más trascendentales y próximos a la meta declarada en su poesía: la disociación entre el yo existencial y un yo trascendental además de la fusión de este último con la conciencia universal. En México inicia en él un proceso más radical que la crisis anterior pero que, esta vez, alcanza una conclusión. Descubre que existe una voluntad dinámica que puede operar “en diversos campos como son el histórico de las grandes fuerzas creadoras, en el inconsciente y fortuito, en el consciente y voluntario lo mismo del individuo que de la colectividad” (Larrea 2015: 84). Se descubre ante y en él un ser colectivo y universal que une en sí a todos los hombres y que se consolida y acrisola en el Nuevo Mundo. Se revela de manera objetiva, pero Larrea también lo siente en su interior y gradualmente empieza a sentir la síntesis entre los mundos objetivo y subjetivo (Larrea 2015: 130).

Percibe la carencia de valor del sujeto en sí mismo, pero la voluntad objetiva se manifiesta a través del sujeto, de modo que la siente como algo

personal. La voluntad optimista que palpita en él y en su entorno es independiente del ego y deriva de un conjunto de realidades más allá de la personalidad y del yo (2015: 92). El yo y la voluntad no son idénticos. Comprende que la voluntad es colectiva, pero el sujeto es su canal de expresión. Es decir, que su yo existe como mera posibilidad de manifestación de la voluntad universal, de la conciencia objetiva o Ser-Espíritu que debemos entender como distintas expresiones de lo mismo. Esta voluntad está indisolublemente vinculada a América, como dice:

Abrir los ojos a esa voluntad significa tener la mira puesta en el destino de América, en su amor y en la imaginación creadora que le presta una dimensión propia, universal, un orden nuevo. Es integrarse en el dinamismo absoluto, tanto como en el objetivo en el subjetivo.

Todo es, una vez más, para lo mejor (Larrea 2015: 98).

La imaginación creadora que también es poética añade a la realidad otra dimensión fuera de la aproximación racional a las cosas. La imaginación alcanza a elevarse por encima de las restricciones de la razón porque la conciencia imaginativa es libre. Larrea va más allá que Sartre, quien hace una psicología fenomenológica de lo imaginario en la que llega a la conclusión de que la imaginación es una condición esencial de la conciencia. Aunque para él, la imaginación, al igual que la razón, está albergada en la conciencia y su estudio es, fundamentalmente, una psicología, Sartre concede a la imaginación una posibilidad y una libertad de la que no goza la razón, aspecto este en el que coincide con Larrea. No obstante, debe subrayarse que Larrea, a pesar de sus referencias a Freud y a los vínculos que encuentra entre la poesía y la psicología, discreparía de Sartre en sentidos fundamentales: Sartre busca sus soluciones y explicaciones en el existencialismo; Larrea alza la vista hacia otros orbes y se aproxima a la mística. La comparación vale para subrayar que Larrea rompe con la realidad mundana y existencial tanto a nivel ontológico como a nivel epistemológico puesto que no encuentra en ella soluciones a las cuestiones espirituales y metafísicas.

Concluye Sartre que la conciencia es capaz de imaginarse algo que no es, algo irreal, ya que tiene la capacidad de imaginar más allá que la realidad, es decir, imaginar varias perspectivas a la vez (Sartre 1964: 157). Pero lo irreal

es incompatible con la realidad dada. La conciencia solo puede imaginarse todas estas perspectivas y su totalidad porque es libre, pero tiene en la conciencia misma su punto de referencia; los objetos imaginados provienen de nosotros (1964: 158). En contraste, Larrea no toma la conciencia como punto de partida porque tal procedimiento llevaría a las mismas limitaciones que la razón; reduciría la imaginación a un fenómeno fundamentalmente existencialista. Larrea pretende, en cambio, establecer un vínculo entre la conciencia humana y el Ser-Espíritu. Aquello que para Sartre es irreal sería para el bilbaíno lo más real y universal. El procedimiento sartreano es un buen ejemplo de aquello que para Larrea viene a ser el problema fundamental de la filosofía occidental. Es una filosofía antropocéntrica que no logra trascender este mundo y establecer una verdadera metafísica o filosofía del espíritu. A ojos de Larrea, ni filósofos como Heidegger, Hegel o Dilthey son capaces de trascender. No lo es Heidegger porque basa su filosofía en la existencia humana; ni Hegel, porque intelectualiza la historia y la evolución del espíritu y, como consecuencia, reduce el Espíritu absoluto a la razón pensante. El problema parece ser que la misma filosofía como actividad intelectual no deja de ser mundana porque el filósofo lo es, tal como también el poeta creador era mundano. El pensamiento poético imaginativo aporta la solución porque difiere del poeta creador. Según Larrea, el filosofar, entendido como el pensar que pretende acceder a la realidad trascendental, debe ser poético y por ello entiende un pensar basado en la imaginación. Curiosamente, la imaginación apunta en dos direcciones en apariencia contradictorias. Por un lado, la imaginación es creativa y construye una realidad en funciones, pero, por otro, el uso que hace el poeta de la imaginación trae al mundo la realidad en todas sus dimensiones, es decir, que el poeta comunica de manera vertical y aparece como mediador de una realidad trascendental a la que el filósofo no tiene acceso.

El poeta no es creador en sentido romántico sino mediador del mundo en todas sus dimensiones. Según Larrea, la realidad es poética, lo cual quiere decir que existe una tercera dimensión que no se deja captar por la ciencia y por nuestra capacidad intelectual, sino que requiere uso de la conciencia imaginativa. Se mezcla aquí claramente su idea de la poesía como imaginativa con la mística y con la idea de una conciencia objetiva a la que la individualidad se adscribe. Al parecer, la poesía tiene primacía frente a las otras

vías o métodos porque en la poesía se cristalizan la imaginación, la mística e incluso la psicología (Larrea 2019: 57). El poeta es capaz de sobreponerse al mundo de las cosas y ver conexiones al margen de las categorías racionales, y por eso la poesía puede interpretarse como una previsión y, a la vez, una manifestación de la cultura universal. Dicho de otro modo: también la mística, que ya se había manifestado en la última etapa de su producción de versos, ocupa un lugar privilegiado en su idea del pensar poético.

Ese “místico de la poesía”, como él mismo se describe, empieza a perfilarse tras su llegada a México. Allí descubre que existe otro orden que no es el que impone la lógica racional y al que su vida personal, así como el transcurso de la historia, se encuentran suscritos. Empezó a revelarse en la sierra peruana y ahora advierte que esta voluntad objetiva es la voluntad del Nuevo Mundo, es una voluntad “dinámica y sobre todo *optimista*. Va hacia lo mejor. Es la misma voluntad positivamente universal que produjo el cristianismo” (Larrea 2015: 120). Recurre al cristianismo para justificar su idea de la voluntad universal positiva que también podría ser una cosmología a la que habría que añadir el mensaje de amor. Para Larrea, el espíritu debe ser concebido de modo universal, como ocurre por primera vez en la religión judía, y reconoce que también Hegel se percata de ello (Larrea 1974: 279). No obstante, con el tiempo, lo universal y colectivo pasa de ser la meta o aquello a lo que aspira la cultura y el sujeto a ser también el punto de partida. Se convierte, por lo tanto, en un círculo hermético que finalmente concluye que la misma verdad que buscaba también es el método necesario para alcanzarla. El más allá que había anhelado en su poesía se convierte con el tiempo en el centro a partir del que desarrolla su filosofía.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En el Nuevo Mundo, Larrea traslada el punto de partida epistemológico a una conciencia objetiva, con la que entra el sujeto en continua dialéctica (Andersen 2020). Arribar a esa conclusión es un proceso largo que tiene claros componentes místicos. En *Orbe* se inician las experiencias místicas, así como en su última etapa poética (Gurney 1985), pero no adquieren verdadero valor para su proyecto filosófico hasta el exilio en México (Andersen

2018). La poesía anticipaba este proceso a través de su tratamiento de temas, aparentemente existenciales, que el mismo Larrea entendía como mundanos y alejados de la universalidad y del más allá. Es decir, que ya en la poesía el proyecto filosófico se asoma como temática y reflexión. También en *Pre-supuesto vital* de 1926, que mejor se define como una poética, percibimos indicios de un proyecto filosófico.

Aquí la idea de la existencia humana como problema aparece ya en las primeras líneas mediante la sentencia de que solo hay un modo de ser: el modo de la pasión. Resalta Fernández de la Sota que la pasión es clave tanto para su poesía como para su vida e incluso podemos añadir que para su proyecto filosófico (Fernández de la Sota 2014: 99). Larrea habla del “Guerrero oficio de existencia” y de una “energía cósmica e infatigable [que] no perdona batalla alguna”. Se inicia ahí un proyecto, en principio poético, en el que Larrea da cuenta de los problemas existenciales del hombre y de la filosofía. Establece que “somos un fenómeno pasajero; orbitémonos simplemente en un personal camino de ambición que atraviese el todo. Para nosotros sólo nuestro tiempo existe” (Larrea 2003: 354). El yo se encuentra limitado por la temporalidad y la existencia, pero fluye el todo y una energía cósmica que luego adquieren unas voces más potentes. En las primeras líneas, Larrea deja entender su menosprecio por el arte como fabricación de objetos bellos y en cambio, subraya Bary, veía en la creación del poeta un proceso dialéctico que devenía en la superación y la síntesis de los contrarios (Bary 1984: 108). Bary describe ese proceso como una tensión de impulsos vitales y de palabras, pero, como he esbozado aquí, la evolución posterior deja claro que se trata de una dialéctica espiritual en la que ocurre una gradual desintegración del poeta y del yo individual.

Larrea aproxima la poesía a la filosofía, ya que opina que la filosofía, tal como la conocemos, requiere una reforma porque es estéril; intenta saciar nuestra ignorancia, pero básicamente nos sirve una versión reducida y sistematizada del mundo que no progresa. Afirma Larrea:

Hay que sustituir el sistema apriorístico por la fecunda hipótesis de trabajo y la conformidad muelle con el dinamismo optimista. [...]

Revolucionemos pues, y con pasión, esa hereditaria monarquía filosófica. Vaya a su puesto y reserve sus drogas absolutas para el especulador absolutomano. No

se trasplante su norma ni a la realidad ni a la política ni al arte (Larrea 2003: 353-354).

El manifiesto es, por lo tanto, además de una poética también una crítica a la tradición filosófica o la filosofía como “monarca” científica que hasta entonces había reinado en el campo del conocimiento. En 1926 lo que le preocupa es la imposibilidad generalizada de alcanzar la universalidad y el más allá. Paradójicamente, arremete en esta ocasión contra el absoluto filosófico que aparentemente es enemigo de la realidad, pero en sus escritos posteriores el Ser-Espíritu figura claramente como un Ser absoluto. La solución a esta crisis de la filosofía consiste en el acercamiento a la poesía, la imaginación y la mística. Ello viene a ser el proyecto filosófico de Larrea: crear una filosofía y un pensar poético que salva la filosofía, a la vez que lo salva a él mismo a nivel personal. Opta por aplicar conceptos y métodos antagónicos entre sí en su intento de armar una filosofía trascendental y omniabarcante. El encuentro con el Nuevo Mundo es, en este sentido, decisivo, no solo porque le hace abandonar el género poético, sino porque le permite deshacerse de las limitaciones intelectuales de la filosofía sistemática. Una nota de su archivo personal subraya que:

La “catástrofe” española corresponde a la crisis mutativa que lleva de una mente y mundo a otra mente y mundo, propios estos últimos de ese apetecido estado de naturaleza plena cuya ausencia dolorosa ha oficiado de estímulo para el desarrollo de cultura desde sus remotos comienzos místicos: el estado “paradisíaco”, de la visión esencial o de Dios (Archivo: M4, luz iluminada, p. 2).

Ese sentido trascendental de las cosas es el centro de la búsqueda de su filosofía y de su poesía y esa nueva mente de la que nos habla es “un pensar poético” con el que se encuentra en el Nuevo Mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, José Luis (1998): *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- ANDERSEN, Katrine Helene (2018): “Juan Larrea y el Nuevo Mundo: entre la filosofía y la mística”, en *Annales Universitatis Mariae Curie-Sklodowska, Sectio I, Philosophia-Sociología*, vol. 43, n.º 2, pp. 9-25.
- (2020): “Juan Larrea en México. El fin anunciado del Yo subjetivo en *Diario del nuevo mundo*”, en *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, vol. 196, n.º 797 (septiembre de 2020), a566, pp. 1-11, <<https://doi.org/10.3989/arbor.2020.797n3003>> (23-02-2022).
- BARY, David (1984): *Nuevos estudios sobre Huidobro y Larrea*. Valencia: Pre-Textos.
- BOYSEN, Benjamin (2020): *Digtingen og filosofien hos Platon*. Odense: Syddansk Universitetsforlag.
- DÍAZ DE GUEREÑU, Juan Manuel (1990): “Orbe de Juan Larrea”, en *Ínsula*, n.º 527, pp. 7-8.
- GURNEY, Robert (1985): *La poesía de Juan Larrea*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- LARREA, Juan (1940): “Presencia del futuro”, en *España Peregrina*, vol. 7 (agosto de 1940), pp. 12-16.
- (1942): “Nuestra Alba de Oro”, en *Cuadernos Americanos*, vol. I, pp. 51-72.
- (1943): *Rendición de Espíritu*. Ciudad de México: Cuadernos Americanos.
- (1974): *Razón de Ser. Tras el enigma central de la cultura*. Madrid: Júcar.
- (1990): *Orbe*. Barcelona: Seix Barral.
- (2003): *Versión Celeste*. Madrid: Cátedra.
- (2015): *Diario Del Nuevo Mundo*. Madrid: Cuadernos de Obra Fundamental.
- (2019): *Del surrealismo a Machupicchu*. Madrid: Instituto Cervantes.
- LÓPEZ GONZÁLEZ DE ORDUÑA, Helena (2001): “Hacia una definición de Orbe de Juan Larrea”, en *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. LXXVIII, n.º 3, pp. 361-370.
- MORELLI, Gabriele (2009): “Introducción”, en *Poesía y revelación de Juan Larrea. Antología*. Madrid: Fundación Banco Santander, pp. XXIII-XXIV.
- PLATÓN (2008): *Fedro*. Trad. por Emilio Lledó. Gredos: Madrid.
- SARTRE, Jean-Paul (1964): *Lo imaginario. Psicología fenomenológica de la imaginación*. Trad. por Manuel Lamana. Buenos Aires: Losada.
- TEJADA, Ricardo (2016): “Reconstruir la casa hacia el sueño universal. Algunas pistas en torno a la globalización y al desencantamiento del mundo en Razón de ser, de Juan Larrea”, en Iker González-Allende (ed.), *El exilio vasco. Estudios en homenaje al profesor José Ángel Ascunze Arrieta*. Bilbao: Universidad de Deusto, pp. 377-394.